

OPERACION PANDO

Esta operación persigue varios fines concretos: algunos inmediatos o de corto alcance, otros, de más larga perspectiva.

Los primeros: propaganda, finanzas, pertrechamiento y homenaje al Che y a lo que él simboliza para todos los luchadores de América Latina.

Los segundos: hacer una demostración de fuerza y de posibilidades, tal que alentara las luchas de nuestro pueblo y a la vez señalara un camino y una posibilidad con hechos tangibles.

Por supuesto, que estos últimos fines no se perseguían solamente a través de la Operación en tal sentido, la acción era una más, dentro de un plan que también comprendía otras de muy variado nivel.

No debe olvidarse que desde mediados de setiembre de 1969 el M.L.N. tenía en su poder a Gaetano Pellegrino Giampietro, lo cual por sí solo venía conmoviendo el ambiente político, a la vez que tenía en jaque a las fuerzas represivas. Sumemos a esto otras acciones militares realizadas el mismo mes, así como otras previstas para luego de la Operación Pando y que, al llevarse a cabo dieron cima a esa «demostración» que

señalamos como segundo objetivo de la operación.

En su conjunto —preparación, realización y consecuencias— la acción es un verdadero reto con el futuro y con la práctica, que se planteaba el M.L.N. Con ella se iniciaba un «modus operandi» más complejo, el cual, por lo tanto, ofrecía nuevos problemas para resolver, tanto en las instancias de preparación como en las de coordinación y ejecución. Esta parte —la de realizar una nueva y fundamental experiencia— también podemos incluirla en el capítulo de los objetivos. En ese aspecto, la organización, sus grupos, sus militantes, —participantes o no— obtuvieron un bagaje de enseñanzas que luego determinó el éxito de muchas acciones, por lo cual, Pando es un hito en el desarrollo interno del M.L.N., que marca un claro rumbo para su futuro.

La Operación comprende seis objetivos: Comisaría, Cuartelillo de Bomberos, Central telefónica y Bancos República, de Pan de Azúcar y de Pando.

Intervendrán 49 compañeros, distribuidos en seis equipos y un coordinador. Se ha cuidado reunir en cada equipo a aquellos compañeros, cuyas aptitudes y características particulares se adecuen mejor a lo que reclamará la acción en cada objetivo.

Cada equipo reconoce el terreno, estudia «su» objetivo y de acuerdo con los resultados planifica la acción que se ejecutará, coordinadamente con las demás, y encuadradas en un plan general.

El día del operativo, habiendo llegado por distintos medios —vehículos del equipo, ómnibus, ferrocarril— todos los participantes estarán en determinada hora en sus respectivos lugares de concentración. Usarán durante el operativo un brazalete a fin de identificarse.

Llegada la hora, el coordinador dará al primer equipo que entra en acción, la orden de comenzar la operación y durante su desarrollo recorrerá los objetivos para recibir y transmitir novedades, intervenir ante problemas que se originen, estando

facultado para «levantar» la operación en el momento que sea, si así lo reclamaran las circunstancias.

a) Desarrollo

Días antes de la operación se contrata un servicio fúnebre con un sencillo pretexto: la repatriación de los restos de un pariente muerto hace años en Buenos Aires. Llegados de allí el 8 de octubre deberán ser llevados al panteón familiar en el cementerio de Soca. El día 8 a las 10 de la mañana llegan a la funeraria, 9 «familiares» y un «cura», con la urna y las flores. El servicio ya está pronto: un furgón, cinco coches, seis choferes y un encargado de servicio.

Mientras la urna y las flores van en el furgón, los familiares y el cura se distribuyen a dos por coche. Se avisa al encargado que en el kilómetro 36,500 deben ser recogidos otros familiares, más precisamente, unos tíos.

Se cruza la ciudad, se toma la ruta 8 y se llega sin novedad al kilómetro indicado. Allí se detiene el cortejo. Además de los 10 «tíos y primos» hay en la parada bastante gente, por lo que entre los saludos, los besos y abrazos de los «parientes» se resuelve no reducir allí a los empleados de la funeraria como estaba previsto. Reemprendida la marcha hacia Soca, ahora sigue al cortejo una camioneta Kombi que estaba esperando en las cercanías.

El pañuelo blanco

Próximos al kilómetro 40 la señal convenida —un compañero saca un pañuelo blanco— son reducidos los 7 funcionarios. Aunque no ofrecen resistencia piden que los coches, que son su medio de vida sean cuidados, a tiempo que explican el manejo de algunos de ellos que son de tipo automático. Tranquilizados en cuanto al buen uso de los coches y en cuanto a su propia seguridad surge el primer problema. De acuerdo al

plan, los empleados deberían pasar al furgón, pero la empresa ha mandado un furgón chico que no era lo previsto, ¿cómo solucionar el problema, con los siete hombres esperando y con los compañeros sin saber donde meterlos? La Kombi da la solución: se encerrarán en ella. Aunque esto significaba modificar el plan era inevitable hacerlo. Más valía plan alterado que operativo frustrado.

Hacia el objetivo

Con los siete en la Kombi; con dos compañeros de custodia y uno al volante; con los demás distribuidos por equipo en cada vehículo, al emprender al regreso hacia Pando, que ha quedado 5 kilómetros atrás, uno de los coches se niega a arrancar. Viendo que es imposible arreglar el desperfecto se le abandona. Sus ocupantes pasan a otro coche que, tres kilómetros antes de Pando deja la ruta 8 para ir a «obtener» en las afueras de la ciudad, el vehículo que supla al abandonado. A la misma altura del recorrido, minutos antes de la Kombi se había desprendido también de la caravana dirigiéndose para hacer tiempo, al Parque de Pando, ubicado a 3 kilómetros al Norte de la Planta Urbana y a menos de 2 de la ruta 8.

El resto del cortejo se dispersa a la entrada de Pando en espera de la hora —faltan aún 30 minutos— de dirigirse a los lugares de concentración de cada equipo, aún no completos, y que se completarán con los compañeros por sus propios medios.

b) Coordinación

El vehículo apropiado para la tarea del coordinador debía ser una moto o motoneta; velocidad, agilidad y capacidad de maniobra que posibilitará meterse en cualquier lado sin problemas, marchar por la vereda o a contramano si así lo reclamaban las circunstancias. A eso se agregaba también el

hecho de que el compañero asignado tenía años de experiencia en el manejo de tales vehículos.

Como no se disponía de un vehículo de esas características se encargó a un equipo, que no intervenía en el operativo, la tarea de conseguirlo. Pero llegados el día y la hora previstos, dicho equipo no había logrado obtenerlo. Aunque estiró en una hora el plazo —hasta las 11 de la mañana— fue inútil. Es así que, Balbi, el coordinador y Melio, integrante del «equipo Comisaría», se lanzan a «obtener» una moto. Por un error táctico se frustra un primer intento frente a la Facultad de Odontología. Buscan luego, en los alrededores del Hospital de Clínicas, y se les hacen casi las 12 del día sin obtener resultado. Marchan en un ómnibus hasta Avda. Italia y Bulevard Artigas. A esa altura de las cosas no se puede perder más tiempo en seleccionar determinado tipo de vehículo. Se «obtendrá» lo primero que aparezca, sea moto, motoneta, taxi o coche particular. Por fin aparece la oportunidad: un Peugeot manejado por una mujer estaciona frente al Hospital Italiano. Los compañeros abordan el vehículo por ambos lados, y en el instante en que la conductora tranca la dirección y guarda las llaves en su cartera.

Amablemente le explica Balbi que necesitan su coche por un momento. Como la mujer se niega a entregar las llaves Balvi insiste, rogándole que no los obliguen a usar las armas. Recién entonces abre la cartera y entrega las llaves a tiempo que explica el procedimiento que debe seguirse para destrancar la dirección. Tal es la naturalidad de la escena que el cuidador de autos que está a pocos pasos no advierte nada. Las llaves pasan de unas manos a otras como si se tratara de familiares.

Cuando la mujer entre la Hospital son las 12 y 25.

Después de unas pocas cuadras de marcha normal, el coche devora kilómetros a toda velocidad, con sus luces encendidas y la bocina a todo sonar. Ya en los límites de Montevideo a duras penas se evita embestir a un niño que corretea imprudentemente por la calle. Más adelante se cruza un vehículo de la Policía Caminera.

Llegan a Pando a las 13 y 3 minutos. Dejan la Ruta 8 y entran por Gral. Artigas hacia el tanque elevado de agua, lugar de concentración del «equipo Comisaría» el cual, según piensan, ha de estar esperándolos. Al pasar por la Comisaría advierten el vehículo del «equipo Banco República» que, en el primer momento del copamiento de aquella actuará de apoyo. Más adelante, van viendo en sus lugares de concentración a los demás equipos. En el tanque de OSE no hay nadie. Vuelven por otra calle, por la cual según se suponen debe dirigirse el equipo hacia el objetivo. A media cuadra de la Comisaría, que ha sido dejada atrás oyen un tiro. No hay duda: es en la Comisaría donde el equipo correspondiente ya está operando. Melio se arroja del coche en marcha y mientras corre hacia la Comisaría, Balbi le recomienda a gritos:

—Cuidado al entrar: pueden tirarte los milicos o algún compañero que te confunda.

Balbi retrocede y estaciona frente a la ochava. Desciende y permanece junto a su coche. Adentro se oyen más tiros. Caen vidrios a la vereda. Advierte que el Cuartel de Bomberos ya está tomado. Un compañero de la Comisaría, le avisa que aunque todo va bien, la cosa no ha concluido. Parte entonces y luego de rodear la manzana se detiene en la esquina del Control de Omnibus, atento a impedir la posible fuga de cuatro policías que allí están entre la gente que sigue aglomerándose. Pero los uniformados permanecen como pegados al suelo aunque miran y vuelven a mirar hacia el Cuartel de Bomberos y la Comisaría; aunque manotean y manotean las cananas, no acaban de sacar las armas. Se quedan en los ademanes que tienen el aire del acto de rascarse nerviosamente, hasta que finalmente de pronto se deciden:... y se meten los cuatro en el Control. No sea que los alcance alguna bala, caramba...

Ya tranquilizado por la decisión de los policías, el coordinador avanza hacia la Comisaría. No bien anda media cuadra observa que el coche asignado al Banco República marcha hacia su objetivo, mostrando en la mano que lleva el pañuelo la

señal de que la Comisaría ha sido tomada y que los otros equipos pueden entrar en acción. Ante este hecho, Balbi comienza su ronda. Recorre los demás objetivos y comprueba que todos los equipos se aprestan a comenzar su tarea: unos compañeros se colocan sus brazaletes, otros dan órdenes, otros «tantean» sus armas, etc.

A esta altura de las cosas, la gente ya ha advertido que el Peugeot forma parte del operativo. Tanto sus idas y venidas como el inequívoco brazaletes de Balbi no dejan lugar a dudas. A la ronda de los objetivos se agrega la vigilancia de la Ruta 8, ante la posibilidad de que a causa de los tiros viniera la Policía Caminera ubicada a unos pocos kilómetros de la ciudad.

En una de las recorridas al pasar por el Banco República es informado de las complicaciones habidas que ya han sido superadas.

A las 13 y 10 ha cundido la alarma casi por toda la ciudad, y ella se traduce en el caos del tránsito de vehículos y en el gentío que ha ganado las calles. Cada objetivo tiene su propio público el cual en algunos casos poco menos que participa en los hechos, tan grande es su proximidad a los mismos.

A medida que se acerca la hora de finalizar el operativo, el coordinador advierte que los acontecimientos van tomando un cariz no totalmente favorable. Ante ello decide alterar el orden de partida: el «equipo Comisaría» que debía ser el último en partir lo hará en primer término.

Adopta tal decisión en base a la razón antedicha y teniendo en cuenta las circunstancias siguientes: 1) la acción del Banco República, que era la más larga y complicada, ya está finalizando. Por consiguiente en los dos Bancos restantes, que eran más fáciles, debe ocurrir lo mismo. 2) el «equipo Comisaría» es el que está a mayor distancia del lugar de concentración final, y por eso en caso de salir último, teniendo en cuenta los problemas de tránsito, habrá mayores riesgos y posibles atrasos. Un minuto ganado o perdido puede jugar un papel decisivo para el regreso a Montevideo.

A las 13 y 14 minutos ordena la evacuación al «equipo Comisaría» y de «Bomberos».

Estacionado el Peugeot a una cuadra de la Comisaría, pasa en dirección a ésta, un jeep con un policía y su chofer. A mitad de cuadra, los compañeros que actuaron en el Cuartel de Bomberos y la Comisaría ya están subiendo a sus vehículos. Necesariamente los del Jeep tienen que verlos. ¿Es posible que no sospecharan nada, o es que prefirieron hacerse los desentendidos? No se sabe: lo cierto es que siguieron de largo y estacionaron pocos metros más adelante para que descendieran sus ocupantes. A una señal de Balbi, la compañera que ha salido última de la Comisaría sube al Peugeot, con lo que alivia la carga de uno de los vehículos.

Entonces el coordinador realiza la recorrida final por los Bancos y UTE, avisando de que Comisaría y Bomberos han sido evacuados.

A media cuadra del Banco de Pando, encuentra el tránsito taponeado. Se oyen tiros a discreción: son los compañeros que al irse de ese Banco se tirotean con un milico.

Impedido de avanzar Balbi da marcha atrás y toma por una calle a contramano. Recorrida una cuadra advierte por el espejo retrovisor que, siguiéndole, viene el remise del tiroteo con una rueda pinchada. Simultáneamente ve unos 25 metros delante suyo a un policía. Se arranca entonces el brazaletes y pasa de largo sin que el uniformado se moleste en lo más mínimo. En cambio no sucede lo mismo con el coche de remise. Al verlo venir el milico se planta en medio de la calle y se produce el tiroteo que se relata en la acción del «equipo destinado al Banco de Pando».

Tras esto el coordinador deja sin efecto su recorrida final, ya que, por el tiempo trascurrido no encontrará a nadie en los objetivos. Se dirige entonces al cementerio. A cien metros de allí se rompe un eje del coche. Debe continuar a pie.

c) Comisaría

El estudio se realizó en unos 10 días y en dos etapas. La primera comprendió el aspecto exterior, a saber: entrada, salida y permanencia del personal policial; movimientos en calles y comercios de las inmediaciones; otras particularidades.

En esta etapa se establecieron tres cosas: 1) Necesidad de ocupar el Cuartelillo de Bomberos lindero a la Comisaría, ya que desde él era posible dificultar y eventualmente frustrar la toma de aquella; 2) cantidad y jerarquía de funcionarios que había regularmente alrededor de la hora 13; 3) existía comunicación radial directa con dos sectores represivos por lo menos, cosa que evidenciaban dos antenas de distinto tipo.

La segunda etapa comprendió el interior de la Comisaría. No faltaron pretextos para entrar en ella: pago de patentes, vacunación de perros, y otros trámites comunes en toda comisaría de pueblo. Los compañeros se organizaron de forma de aumentar las entradas e ir las profundizando gradualmente desde el zaguán hasta el fondo. Regularmente se entraba de a tres y nunca menos de a dos. Mientras uno exponía el problema o trámite que lo llevaba, concentrando así la atención del funcionario, los demás «fotografiaban» y medían hasta donde les daban los ojos. De una oficina a otra, de un lugar a otro, se fue recorriendo todo. No faltó, y por el contrario se repitió, el caso de alguna pareja con «necesidad de pasar al cuarto de baño». Tras el permiso y la amable o desganada indicación del camino a seguir utilizaban el servicio. Mientras ella entraba él esperaba afuera usando sus ojos a más no poder. Hasta un perrito colaboró en el relevamiento: a falta de dos perros, y luego de asegurarse que no le afectaría la salud lo llevaron a vacunar dos veces. También ocurrió que más de una vez, y más de un compañero o compañera, mientras hablaron con el funcionario de turno en la Oficina de guardia, observaban el parecido de sus fotos, allí frente a ellos en la galería de sediciosos buscados.

Así, poco a poco se fue completando el plano de la Comisaría.

Edificio de una sola planta, ubicado sobre General Artigas, al Norte, en su ochava tiene la entrada. Pasado un hall a la izquierda se ubican la antesala y el despacho del Comisario; a la derecha la Oficina de Radio; y al frente como completando el triángulo, la Oficina de Guardia. A izquierda y derecha de esta oficina, sendas puertas que dan acceso a las dependencias interiores. La de la izquierda se abre a un corredor al que da otra puerta —siempre cerrada— del despacho del Comisario, así como la de una pieza contigua al despacho. Corredor por medio y frente a la de esa pieza, una puerta más de uno de los dormitorios del personal. Tanto la antesala como el despacho y el ambiente contiguo, tienen ventanas a la calle General Artigas.

La puerta de la derecha conduce a otro corredor que, unido al anterior, si la Oficina de Guardia no los separase, formaría una L. Este corredor, sobre el que dan la Oficina de trámites administrativos y otra pieza —ambas con ventanas a la calle— termina en una puerta que comunica con el fondo, un espacio abandonado y silvestre, con un galpón de chapa y un portón de dos hojas sobre la calle.

El patio, abierto, de unos 4 metros por 4 está enmarcado al Este por el primer corredor y el fondo de la oficina de guardia; al Norte por el segundo corredor; al Oeste por las celdas y las letrinas y al Sur por dos dormitorios, uno de ellos con puerta al patio y el otro con la puerta al corredor ya mencionado.

Tal el objetivo cuyo copamiento será el inicio del operativo.

La seguridad y limpieza de la ejecución son fundamentales, a tal punto que de esta acción dependen todas las demás. De allí la importancia del factor sorpresa, el conocimiento del terreno y la elección de las armas, intimidantes, livianas y de gran poder de fuego.

El equipo asignado se integra con 8 compañeros: seis hombres y dos mujeres. Dispone de un vehículo, el furgón de la funeraria.

Llegada la hora de comenzar a movilizarse hacia el objeti-

vo, el coordinador no aparece. Había quedado en Montevideo, con un compañero de equipo, en espera de una moto. Alguna dificultad los ha retrasado. Se considera que este retraso no constituye impedimento para el comienzo del operativo. Hay la seguridad de que están todos los equipos y en el caso de que el coordinador no apareciese y surgieran problemas durante el operativo, de alguna forma se arreglará.

Hora 12,58

Llega una pareja a la Comisaría. En la vereda, contrariamente a lo que es habitual, no hay guardia. Adentro en el hall, dos uniformados se amodorraron en un plácido ambiente de siesta, uno en la Oficina de Radio, el otro en la de Guardia. Aquí, identificándose como miembros de la Asociación Volpe —ella asistente social, el sicólogo— piden para hablar con el Comisario.

— El Comisario no está. Espérenlo. Voy a ver... responde el guardia y marcha hacia las dependencias interiores.

Allí queda la pareja esperando en el hall. Ante la indiferencia del funcionario de la Radio, enfrascado en su diario.

Medio minuto después llegan otros dos compañeros, «su auto ha sido chocado» y vienen a hacer la denuncia. En el hall nada ha cambiado, mientras el de la Radio sigue absorbido por la lectura.

Hora 13

Deberían llegar 4 compañeros más, vistiendo uniformes de la Fuerza Aérea y también una compañera. Mientras corren los segundos hasta completar un minuto no hay noticias de ellos. Intranquilas, las dos parejas del hall miran correr el segundo minuto. ¿Por qué no llegan? ¿Qué ha pasado?... Ha ocurrido que en el momento de partir hacia la Comisaría, no encuentran los cargadores de la metrallera. Revisan y revuelven el furgón hasta concluir en que no los han traído, en que

los han olvidado. Lo mismo llevarán la metralleta. Lo harán para impresionar y para quien no se impresione tienen las armas cortas.

La búsqueda les ha hecho perder tiempo y retrasarse. No son cuatro sino tres, ya que aún está por llegar el compañero que acompaña al coordinador.

Son las 13 y 2 minutos; mientras la compañera queda vigilando la puerta, uno de los «Oficiales de la Fuerza Aérea» se dirige a la Oficina de Radio, el otro va a sumarse a los «chocados», a tiempo que el sicólogo y la asistente se dirigen al despacho del Comisario.

Se reduce al encargado de la radio y se destroza el mecanismo, sin otro problema que la imposibilidad de rescatar al tipo de sopor de idiotez en que se hundió.

En el despacho del Comisario no hay nadie. Pero previsor el mandamás ha dejado allí su autoridad: colgado en una percha, su revólver en la cartuchera y su sable. Sobre el escritorio una pistola francesa calibre 22. Revólver y pistola son reducidos sin resistencia por el sicólogo, mientras la asistente revisa cajones y papeles del escritorio, cuando de pronto suena un tiro...

Mientras en el frente eran tomadas la Oficina de Radio y el despacho del Comisario, en el patio, los «chocados» y el «Oficial» de las «FF.AA.» se encargaban de reducir a quienes se encontrasen en la Oficina de trámites, en la pieza siguiente, y en el dormitorio. Este último que durante el relevamiento pareció ser un solo local con dos puertas, era en realidad dos locales sin comunicación entre sí.

Reducidos seis hombres, a los que se agrega el de la Radio, estaban siendo puestos contra la pared cuando un «chocado» ve asomarse al primer corredor a un uniformado. Habiéndole dado la voz de alto, ante su intento de huir, le hace un disparo.

Este tipo —el Sargento Olivera— estaba en el segundo dormitorio, lugar al que vuelve al ser sorprendido y desde donde dispara un par de tiros a la ventana de la pieza contigua al despacho rompiendo los vidrios para alertar al exterior.

Al oír el primer tiro, el sicólogo deja el despacho del Comisario, dirigiéndose al patio por el segundo corredor, desde donde advierte al Sargento que, tras los tiros a la ventana regreso a la posición en que fuera sorprendido. Patio por medio, en línea cruzada, Olivera apunta al compañero y aunque hace jugar el disparador el tiro no sale pues se traba el arma. Mientras el compañero le responde con varios disparos, Olivera huye y se encierra en el dormitorio, herido en un brazo.

A esta altura —son las 13,04— en el patio hay 5 compañeros. Ha llegado el que acompañaba al coordinador. Hay tres más en el frente; la compañera que sigue revisando los papeles del Comisario, mientras la otra y el «Oficial» de las FF.AA. siguen vigilando la entrada.

Línea y Alambre

Encerrado en el dormitorio, sordo a la exigencia de que salga, se amenaza al Sargento con arrojarle una granada. Tan en serio parece a los que están contra la pared, que alguien exclama:

—¡No, no lo maten que el hombre se entrega!

Y enseguida nomás el Sargento le da la razón.

Inmediatamente se avisa al equipo del Banco República que como grupo de apoyo permanecía en la esquina opuesta, que puede comenzar la acción ya que la Comisaría está dominada.

En el fondo, se procede a atar con alambre a los prisioneros, en tanto se les habla, se les explica, se les hace conocer la línea del M.L.N.

Alambre y razones, razones y alambre, listo éste, venga otro, cuando alguien le dice al compañero que lo va a atar:

Yo soy el preso.

El compañero se sorprende, no advirtió cuando fue sacado de la celda y unido a los otros.

—Ah, ¿y por qué estás preso?, dice mientras continúa atándolo.

Y, por carnear una vaquita...

Para él —que no era agente de la represión— la «línea» cobró un matiz particular. Si surtió efecto no se sabe. Sólo se supo, tiempo después, que el hombre, en la carnicería que posee en una localidad de Canelones, exhibe, colgados en la pared y como recuerdo de su involuntaria participación en el operativo, los alambres con que fue atado.

Bien maniatados, se encierra a los 8 en las celdas.

Unos minutos más y caen en la ratonera —¡y qué ratonera!— el Comisario y el Sub-Comisario, claro que bastante disminuidos. Necesariamente tenían que estar enterados de que algo anormal estaba ocurriendo en la Comisaría. Sin embargo, llegan y entran, más que con ánimo prevenido, con susto anticipado. Terminados de reducir un tipo se asoma a la puerta, todo ojos hacia adentro. El «Oficial» de las FF.AA. se lanza hacia él, pero el tipo huye. Comenzado el cacheo del Comisario sin que se le pregunte nada, indica que tiene un arma en el bolsillo interior. Subraya sus palabras, señalando con el mentón hacia el pecho. Siguiendo su repetida indicación se llega a un revólver 22. Al Sub-Comisario se el incauta un 38 de caño recortado.

Interrogados sobre el maltrato, sobre los castigos infligidos a compañeros que fueran detenidos tiempo atrás en una chacra de Pando, balbucean negativo.

Abrumados por un susto mayúsculo, marchan a las celdas. Algunas patadas en el trasero, apuran el paso lerdo del Comisario.

El tiempo pasa rápidamente. Dos compañeros continúan cuidando la entrada; otros dos revisan papeles en el despacho y las Oficinas; uno vigila las celdas y los restantes acondicionan las armas que van a llevar.

A las 13 y 14 llega la orden de evacuar la Comisaría. En ese momento se comprueban dos omisiones más: 1) la bandera del M.L.N., que es la de Artigas con una estrella amarilla de cinco puntas en la banda roja, con una T del mismo color y que debió ser izada en el frente de la Comisaría al partir, no se ha

traído; 2) tampoco se trajo la totalidad de los volantes a repartir. Sólo quedan dos o tres tirados en el suelo de la Comisaría.

De las armas largas sólo se llevan unos cuantos fusiles máuser alemanes; las armas cortas se llevan todas.

Con cuatro compañeros en el furgón y los demás en coches de otros equipos, se llega al cementerio local, punto de concentración previo al regreso a Montevideo.

d) Cuartelillo de Bomberos

Ocupa un predio de 8 mts. de frente por 35 de fondo. A la derecha, la pared medianera de la Comisaría. A la izquierda, a lo largo de la otra medianera, una construcción de 3 mts. de frente y que termina a 10 mts. del muro del fondo: consta de cinco ambientes: los dos primeros para oficinas, y los siguientes y en este orden, comedor, sala de estar y dormitorios.

En medio del predio, un galpón para herramientas, etc. Excepto en los 10 mts. de fondo, un techado que se prolonga desde la construcción y se apoya en parte, en el galpón y el resto en varias columnas dos de las cuales están al frente, entre la construcción y la medianera de la comisaría, enmarcando una entrada de unos 4 mts. donde permanece un guardia. Entre esta entrada y el galpón, estaciona el autobomba.

Equipo: 4 compañeros, un vehículo.

Entrará en acción, a la hora 13.

Lugar de concentración: Control Omnibus Interdepartamental a 80 mts. del objetivo y en la vereda de enfrente.

A la hora convenida —12,58—, están los cuatro: Dino y Eno que llegaron por sus propios medios, y Rolí y Nocho que lo hicieron en el vehículo, dejándolo a una cuadra de allí.

Avanzada hacia el cuartel, cuando vean entrar a la comisaría a los tres «aéreos».

Estos, para ser vistos, doblarán en la ochava en forma abierta, sobre el cordón de la vereda. Pero sucede que, además de retrasarse, doblan la ochava caminando junto a la pared y

entran a la Comisaría sin ser vistos. De ahí que lleguen las 13 y pase un minuto y pasen dos, y nada de «aéreos». A las 13,03 resuelven ir acercándose por las dudas, a ver qué sucede. Comienzan a andar, en parejas, dos metros una de otra, cuando oyen un disparo, lo que les evidencia que los «aéreos» ya están en la Comisaría. Caminan rápido entonces. El guardia del cuartel, al oír el tiro, con la misma indiferencia de quien ve volar una mosca, gira perezosamente la cabeza hacia la Comisaría. Sólo la cabeza; lo demás, del cuello a los pies, es una sola pieza inmóvil; tras un instante, la cabeza vuelve a su posición normal.

Dos metros delante de los demás en maniobra prevista, Mocho, al pasar frente AL GUARDIA, saca el arma de forma que éste la vea y sigue caminando. Ahora sí, despierta el interés o por lo menos la curiosidad del hombre, y se vuelve hacia aquél, lo que es aprovechado por los tres que venían atrás para inmovilizarlo. Suenan de nuevo en la Comisaría varios disparos, y vuelan vidrios rotos a la vereda. El guardia «trancado» por los compañeros, repite su movimiento de lechuga adormilada; aquella cabeza con ojos, va una y otra vez, de la Comisaría a los compañeros y de éstos a la Comisaría en un total y perfecto estado de estupidez.

Marchan con él a las oficinas a reducir la gente armada que, se supone, debe haber allí. En tanto, Mocho, que caminó sólo un metro y pico más allá del guardia, entra derecho al galpón y tras asegurarse de que no hay nadie, se dirige al comedor para impedir que alguien salga de aquí o de otras piezas. Reducidos quienes están en las oficinas, otro compañero vendrá en su ayuda. La puerta está cerrada, imposible abrirla, marcha entonces a la sala, donde se encuentra con Rolli que, al no haber gente en la oficina, marchó enseguida semi-rodando el galpón por el lado de afuera, llegando por el fondo, a la sala. Entran los dos. No hay nadie. Pasan al dormitorio. Seis o siete hombres, unos de pie y otros sentados en las camas, se visten. Ante los compañeros apuntándoles y ante el «arriba las manos» «no se muevan», quedan inmovilizados de

sorpresa, de asombro. Se les dice que vayan saliendo, pero no atinan a nada.

Transformados en zombies, hay que tomarlos de los brazos e irlos sacando a los tirones, a empujones.

En el baño, Roli encuentra particular resistencia. De espaldas a la puerta orina un gordo.

—¡Arriba las manos! —Claro, el hombre las tiene ocupadas, por lo menos una. Y sigue como si tal cosa. Ni por curiosidad vuelve la cabeza.

—¡Arriba las manos, carajo, salga de ahí! —Y el gordo, como sin nada. Hasta que no termina y da el toque final con toda pachorra, no se vuelve. Vuelto, mira a Roli, arma en mano, apuntándole y carajeándolo, y sin sorprenderse ni un pelo, alza los brazos con desgano, como desperezándose... Hombres parsimoniosos los soldados del fuego...

Mientras, en la oficina, también hay novedad. Por una ventana, Eno ve venir un bombero. Sale a recibirlo; lo encañoa y lo lleva adentro. Protesta el hombre y pide eviten los tiros porque su esposa está al llegar. Se tranquiliza.

Al sacársele el hacha, suponiendo que se la van a llevar, pide que se la dejen porque si no lo echa, pierde el empleo. Se le explica que no se la llevarán, que se la dejarán en determinado lugar, y allí se la dejan al retirarse.

Con el guardia, los del dormitorio y el gordo, se les lleva al fondo y se les hace recostar contra el muro, quedando custodiados por Dilo y Mocho. Aquí, en el fondo, se contacta con los compañeros de la Comisaría para intercambiar novedades.

En el frente, en la entrada, queda Eno y Roli —con los que colaborará Mocho— a cargo de lo que resultará la tarea más peliaguda de la toma del cuartelillo. Y enseguida nomás, comienza el baile, cuando en la vereda de enfrente se intercepta el paso a un agente que tras almorzar regresa a la Comisaría. Se le reduce sin problemas, y de Eno pasa a Mocho que lo lleva al fondo. Al minuto o dos, por la vereda de enfrente también, desde la esquina del Control de Omnibus, un par de agentes, las manos en las cartucheras, vienen al trote rumbo a

la Comisaría. Pero a 20 mts. del cuartel, ven a Eno, Roli y Mocho armados y cambian bruscamente de rumbo. Se largan, en cruce recto, hacia la vereda de enfrente. Roli y Eno, desde las columnas de la entrada, se adelantan hasta el cordón de la vereda, apuntándoles y gritándoles. Mocho también les apunta, pero desde las columnas, ya que al mismo tiempo está atento hacia el fondo por si Dilo se viera en algún aprieto. Ante el avance de Eno y Roli, los policías se frenan en medio de la calzada y uno hace señas con la mano llamando a los compañeros hacia ellos. Roli les responde del mismo modo. Así, unos segundos en un intercambio de «venga acá» con las manos, hasta que un policía «arranca» de nuevo y se zambulle en un zaguán abierto. Unos segundos más, y el otro hace lo mismo.

Desde la aparición de los guardias hasta su zambullida en el zaguán, los compañeros enfrentan un doble problema, una doble preocupación: por un lado, los dos milicos, ahí a 20 y 15 mts., resistiendo la intimidación, y por otro, atrás de los mismos, a 60 mts., como telón de fondo, la gente que se va agolpando en la vereda, justo en la línea de fuego. Y tras estas preocupaciones, una nueva, ¿qué harán los milicos ahora? ¿desaparecer zaguán adentro para refugiarse o buscar subir a las azoteas?

Se trasmite la novedad a Dilo y a los compañeros de la Comisaría para que redoblen la atención. Y siguen las novedades. Recién «enzaguanados» los dos agentes, en la esquina frente a la Comisaría, aparecen el Comisario y el Sub-Comisario; bajan la vereda, miran a los compañeros armados, pero siguen, cruzan la línea recta hacia la Comisaría.

Tras un minuto o dos, se reduce a un cobrador de OSE y a otro tipo que le acompañaba. Marchan al fondo.

El problema de la gente sigue, o más exactamente, crece. A la que está en el Control —tanta que ya bloquea la bocacalle cerrando el paso a un ómnibus lleno de pasaje—, se agrega otro grupo más pequeño, frente a una farmacia en la misma vereda y a 35 mts. de la esquina. Son dos olas humanas crecientes y obstinadas, que avanzan o se repliegan en la medida

en que los compañeros les piden o dejan de pedirles, con ademanes y gritos, que se retiren.

Y ahora, es otro uniformado que por la vereda de enfrente va rumbo a la Comisaría. Roli y Mocho se lanzan hacia el mismo, como gatos tras un ratón. Ronroneando vuelven con la presa que muestra un carnet para probar que es agente de tránsito y que no tiene arma. Aún en la mitad de la calzada, los tres, aparece un vejete con dos cajas como de sombreros por delante, sobre los antebrazos. Camina lentamente frente a la entrada del cuartel. Roli y Mocho le gritan que no siga, que entre. El viejito se encocora, negándose a obedecer. Recrudescen la orden y los carajos, y entonces sí, rezongando, larga las cajas al suelo y entra. Vuelto al fondo, Eno queda en la entrada. Tomado de sorpresa, no puede evitar una huida: de una de las cajas, vuela una cotorra.

Ya en el fondo, el de tránsito marcha junto al muro. El viejito en cambio recibe un tratamiento liberal. Inofensivo, no se le manda con los otros; se le deja así nomás, deambulando silenciosamente. Unos pasitos para acá, otros para allá, observa, mira a los compañeros, mira a los alineados en el muro. No entiende nada, no comprende lo que pasa. De pronto, por sí solo, despacito, va al muro y se coloca junto a los demás.

Ante preguntas de algunos «prisioneros», Dilo y Roli contestan explicando las razones del operativo, porqué coparon el cuartel y los tranquilizan en cuanto a que no se les va a hacer nada.

Adelante, el gentío aumenta y avanza y se repliega, se repliega y avanza. Una anciana se desprende del grupo mayor y camina bolso en mano, hacia el cuartel. Grandes gritos y ademanes, logran hacerla volver.

Luego ¡una mujer, joven, se asoma en la puerta de la oficina!, ¿cómo y cuándo entró sin que se le viera? Quizá cuando la caza del agente de tránsito, ¿quién es? Quizá la esposa del bombero que se apretó al comienzo.

—Venga acá, salga de ahí, venga acá!

La mujer no se mueve. Ante nuevos gritos y Eno que se adelanta hacia ella, entra y se encierra.

A las 13 y 18, desde la Comisaría transmiten la orden de retirada, recomendando que no se pierda tiempo ni se sobrecargue el coche. Ni maniatar entonces a los 15 reducidos, dejándoles de cara al muro, las manos en alto, ni llevarse algunas cosas que se pensaban llevar.

Tras volantear en la calle se marcha a la carrera hacia el vehículo. La gente, en silencio, abre paso.

Ya en el coche, pensando que pudieran ayudar a quienes tienen problemas —se oyen tiros—, resuelven modificar el recorrido previsto para llegar al lugar de concentración. A contramano por algunas calles, recorren algunos puntos de la ciudad, pero no encuentran nada. Ya ha pasado todo.

e) Central Telefónica de UTE

Está ubicada en la esquina de las calles 18 de Julio y Zorrilla y tiene entradas por ambas calles a unos 8 metros de la esquina cada una. Por 18 está la entrada del público y por Zorrilla la del personal. En las esquinas del cruce de calles están la Caja de Jubilaciones y la Escuela Industrial.

No habiendo podido encontrar excusa plausible para entrar a ese local, el relevamiento del mismo se redujo a lo que pudo observarse desde fuera: por la puerta de la calle Zorrilla se comprobó la existencia de un patio, y una oficina con dos o tres funcionarios, hombres y mujeres: por la puerta de 18 de Julio pudo verse el salón de trabajo de las telefonistas. De allí surge el hecho de que el plan elaborado queda sujeto a gran cantidad de imprevistos: prácticamente no se sabe nada de la disposición interna del local y ello recién se sabrá en el transcurso de la acción. En cuanto a la gente que habrá que reducir, se estima —en base a un relevamiento de entrada de personal y público— en unas 15 personas de los cuales 8 ó 10 serán empleados y el resto usuarios. Existe aún otro problema: como no se ha contado con el asesoramiento técnico correspondiente, se desconoce cuáles son los elementos mecánicos clave para

inutilizar la central. Por esta razón se cortarán los cables de entrada y salida de comunicaciones que están en la azotea, así como cuanto cable se encuentre en el local, se desconectarán asimismo los acumuladores y se anulará el sistema clave. Se piensa que tal vez no sea necesario tomar tantas precauciones para bloquear totalmente la central, pero en la duda, hay que hacerlo. No se puede correr el mínimo riesgo respecto a la plena seguridad de lograr lo que se busca.

Para asegurar una mayor duración del bloqueo —se ignoraba las horas que iba a insumir la reparación de lo afectado— se llevarán 50 metros de alambre de cobre para simular una conexión de explosivos a los cables cortados.

El equipo que se destina a la acción se compone de siete compañeros —seis hombres, una mujer— y un vehículo.

Es la hora 12 y 58. Mientras seis compañeros aguardan en las inmediaciones del objetivo, el restante, dentro del coche espera cerca de la Comisaría que entren a ésta los «aéreos», cosa que sucede a las 13 y 2 minutos. Entonces parte hacia la Central con sus luces encendidas las que avistadas desde lejos por quienes esperan les permitirán ganar tiempo.

Comprendida la señal entran simultáneamente en la Central, una pareja por 18 de Julio y cuatro compañeros por la entrada lateral.

La pareja se ubica detrás de una mampara no dejándose ver por las telefonistas, ni por los pocos usuarios que acaban de llegar y están a la espera de ser atendidos. De los cuatro compañeros, mientras uno queda bloqueando la puerta de la calle Zorrilla, los otros penetran zaguán adentro. Ya en la oficina dan una explicación: son de la Policía de Investigaciones; han recibido una denuncia de que ha sido colocado un artefacto explosivo en el local; necesitan revisar, para lo cual será preciso cortar toda la comunicación. Por su parte los funcionarios, mostrándose comprensivos explican que el corte no depende de ellos, sino de Telecomunicaciones, por lo cual sugieren ir a llamar al jerarca de la Central que vive muy cerca de allí. Lucco, que es el responsable del equipo, al tiempo que accede al pedido, que será cumplido por un compañero, deci-

de no perder más tiempo, por lo que son reducidos 11 funcionarios entre hombres y mujeres. Seis de ellos fueron apareciendo no se sabe de dónde y sumándose al grupo que conversaba. Llevados todos a un cuarto se encarga de la vigilancia el compañero que bloqueaba la puerta y que ahora ha llegado hasta el patio. Otros dos suben a la azotea con herramientas adecuadas. Lucco va a la sala de telefonistas, donde junto con Barsa y la compañera que allí espera reducen a ocho empleadas y a tres usuarios. Aunque nadie ofrece resistencia, la sorpresa, la estupefacción de las telefonistas es tal que no atinan a nada y continúan sentadas, inmóviles, como pegadas a las sillas y auriculares. Son necesarios algunos gritos. Algunas de ellas hay que quitarle los auriculares y prácticamente despegarlas de los asientos, para llevarlas, tomándolas de los brazos hasta el cuarto de los reducidos. Mientras Barsa marcha a buscar al jerrarca, Lucco vigila la puerta a tiempo que verifica la marcha de la acción en el resto del local. Frente a la puerta de 18 de Julio, está, vereda por medio, el vehículo desde el cual un compañero —el séptimo— permanece atento a lo que sucede en la calle. En pleno corte de cables en la azotea los dos compañeros escuchan sollozos. Como lo que queda por hacer puede ser realizado por uno solo, uno de ellos baja para ver qué sucede y encuentra que una mujer embarazada —que es una usuaria— ha sufrido un ataque de nervios. Con la eficaz colaboración de algunas funcionarias se le atiende y tranquiliza, con lo que se supera el trance. Al no encontrar al jerrarca en su casa, Barsa regresa solo. En esta situación Lucco decide dirigirse a los funcionarios requiriéndoles su colaboración. Barsa vigila en la puerta, manteniéndose en contacto con el compañero del remise. Ya van tres minutos desde el copamiento y hasta ahora en la calle, todo transcurre normalmente. En la Escuela Industrial, el murmullo alegre, los corrillos, el bullicio juvenil del alumnado que va llegando; en la Caja de Jubilaciones una cola cansada de años y de quién sabe cuantos sufrimientos y miserias. De una esquina a otra van los ojos del compañero del vehículo que piensa en la generación joven, cu-

ya vida seguramente no será lo que para estos pobres ancianos...

Lucco ha llamado de entre los reducidos a los operarios y conversa con ellos en el patio. Explica, argumenta, persuasiva y fraternalmente: no sólo no hay nada contra ellos, sino que, por el contrario la lucha de los Tupamaros es a favor del pueblo, de los trabajadores; la colaboración que se pide en este caso, favorecerá a toda la gente retenida, porque se ganará tiempo y se evitarán riesgos de un tiroteo con la policía.

Los operarios indican donde están los acumuladores y se corta la corriente, a tiempo que el corte de cables en la azotea ha concluido también.

A todo esto ha ido llegando gente que debió ser reducida y llevada al cuarto en el cual ya hay 20 personas en total, 5 más de las que se habían calculado.

Barsa continúa en la puerta, aunque en el interior del local; el compañero de la calle sigue en el remise; una pareja vigila a los reducidos, mientras Lucco y los dos restantes compañeros cortan cables dentro del local reatándolos con alambre de cobre, unidos unos con otros, simulando un circuito detonador de explosivos.

Están en esa tarea cuando el compañero del remise avisa que se aproxima un camión con un policía. Ya todo pronto para recibirlo, el uniformado entra a la carrera, frenándolo en seco una 45 en la panza. Despojado de su revólver marcha al cuarto de los «penitentes» donde acaba resultando muy útil, pidiendo tranquilidad a la gente.

Por su parte, tras bajar el milico del camión, el compañero del remise inmovilizó al chofer. Vueltos los compañeros al trabajo de los cables llega el aviso de un nuevo milico que viene a todo correr. Lucco y Barsa lo esperan... Pero el hombre, vaya a saber por qué, sigue de largo, a tal punto que los compañeros deben correr para alcanzarlo en la esquina. Se resiste, intenta sacar su arma, pero es reducido con violencia. Privado de su revólver entra a la Central a fuerza de empujones.

En la medida que alguna gente de la Caja de Jubilaciones,

algún alumno de la Escuela y más de un transeúnte lo han observado, la calle comienza a alborotarse.

Nervioso y asustado el milico llega al cuarto donde su colega —un fanático de la tranquilidad— procura calmarlo.

Pero sigue llegando gente y más gente. Ahora resulta clara la razón: cada usuario que estaba hablando o quería hablar por teléfono, y quedaba sin comunicación o no la lograba, luego de insistir un rato prudencial, dejaba el teléfono y marchaba a la Central a preguntar, reclamar o protestar. Allí, sin tiempo a decir nada marchan a un cuarto donde no caben más. En esa circunstancia el policía tranquilo explica a los compañeros la situación creada y solicita se habilite otro cuarto. Sensato y organizado el hombre: se le hace caso y se reparte en dos grupos a los reducidos.

Al filo de la hora tope de retirada, hay en los cuartos entre 40 y 45 personas, mientras también en la calle va en aumento la aglomeración de público.

Ya todo pronto para la evacuación, se procede a arengar a los reducidos, explicándoseles las razones del operativo y las razones de ser del Movimiento. Una vez cerrados con llaves los locales se esparcen volantes por todo el local.

En el momento de subir al remise algunos compañeros, mientras quedan otros en la puerta del local llega un usuario desbordándose en protestas. Se trata de un hombre viejo y renego que camina auxiliándose con un bastón. A la vez que se le da la razón, para no perder tiempo en encerrarlo se le indica el sitio donde tiene que «dirigir» su reclamación.

—...Sí, sí señor, vaya por aquí, allá al fondo, a la izquierda.

Sin soñar con lo que va a encontrar, marcha el hombre, rápido a pesar de su renguera, hacia los cuartos de los reducidos.

Afuera el chofer del remise espera ver la moto del coordinador —moto que no existe— para decidir la partida.

De pronto aparecen los coches de los demás equipos que salían por 18 de Julio hacia el Cementerio. Lucco, que conoce

al coordinador lo advierte en uno de los coches, y parte el remise cerrando la caravana.

f) Banco de la República

Está ubicado en la esquina de las calles General Artigas y Solís, con dos puertas hacia la vía pública: la principal en la ochava y una segunda, sobre la calle Solís que sirve para el personal. Formando parte del mismo edificio, lindera al Banco, por la calle General Artigas está la casa del Gerente. Casa y Banco se comunican directamente por una puerta interior.

Se le destina un equipo de catorce compañeros —trece hombres y una mujer— y dos vehículos —un coche de remise y la Kombi.

El equipo está dividido en tres grupos: uno que entrará en cuanto abra el Banco y se ubicará estratégicamente a la espera de la llegada simultánea de los otros dos grupos que lo harán minutos después, respectivamente por la puerta principal y la de empleados.

A la hora trece, por un lado, el remise con siete compañeros se ubica frente a la Comisaría en cuya toma intervendrá como coche de apoyo. Por otro lado, la Kombi con tres compañeros y los siete empleados de la funeraria estaciona por Solís, a un par de metros de la esquina y frente al Banco. Mientras un compañero queda vigilando a los funerarios, los otros dos dejan el vehículo y entran al Banco. Segundos después, completando el primer equipo se suman a ellos un compañero y una compañera que aguardaban muy cerca de allí. Estos últimos se ubican uno por Caja mientras los primeros lo hacen junto al mostrador separados de tal forma de poder dominar fácilmente todo el salón en el momento indicado.

Confundidos entre una decena de clientes, dejan pasar los minutos. Están preparados para «plantear» su negocio al empleado que eventualmente se decida a «atenderlos».

A la hora trece y tres minutos, avisados de que la Comisa-

ria ya está dominada, los compañeros del remise parten hacia el Banco; una mano afuera con un pañuelo blanco es la luz verde para que los demás equipos —UTE, Banco de Pando y Banco de Pan de Azúcar— entren en acción.

Bajan a una cuadra del Banco y dando un rodeo a la manzana van a encontrarse junto a la puerta lateral, con otros dos compañeros que aguardan en las proximidades.

Pasados unos segundos que permitan adelantar caminos a quienes bajaron, el remise reinicia su marcha por General Artigas y estaciona en la esquina frente al Banco.

Mientras el otro equipo llama con el timbre de la puerta lateral, descienden del remise un «policia» metralleta en mano, un «alto jerarca bancario» de portafolio panzón en mano y su «secretario». En tanto el trío cruza la calzada y entra en el Banco, dos compañeros permanecen en el coche. Son las trece y cuatro minutos. En el ángulo formado por el mostrador y la gerencia, el agente de guardia, sentado en su silla, permanece rutinario y soñoliento. La imperativa voz del «colega» recién llegado lo sobresalta.

—Acompáñenos al tesoro, traemos una remesa.

—Sí, como no...

Antes de que acabe de incorporarse «su colega» lo encaniona.

—¿Qué pasa?, ¿no son de los nuestros?, dice abriendo tamaños ojos y acabando de despertarse mientras los compañeros lo desarman.

Simultáneamente, van ocurriendo varios hechos. El compañero y la compañera destacados junto a las Cajas inmovilizan a los cajeros apuntándoles a través de las ventanillas, mientras los otros dos saltan el mostrador y reducen a empleados y clientes. Uno de los dos compañeros que quedaron en el remise entra en la casa del Gerente, no halla nadie a su paso, llega a la gerencia y reduce al Gerente y tres empleados. El cuarteto que entra por la puerta lateral de la calle Solís, reduce a quien les abre: mientras uno queda vigilando la puerta, los otros revisan el servicio higiénico y tres ambientes más, reduciendo a un segundo empleado que junto con el anterior es lle-

vado al salón a hacer compañía a quienes ya están contra la pared manos en alto. Al mismo tiempo en la gerencia hay otros en igual situación.

Hay en total veintisiete personas reducidas: dieciséis empleados, diez clientes y un policía.

Todo ha transcurrido vertiginosamente, con perfecta sincronización, como si un mismo hilo moviese a todos los grupos. En menos de un minuto el Banco había sido copado. La amenaza de disparar sobre quien tocara la alarma —había varios timbres— surtió efecto.

Copado el local, seis compañeros —tres en el salón y otros tantos en gerencia— vigilan a los reducidos; dos, siguen en los coches, uno en el remise y otro en la Kombi con los funerarios; uno vigila la puerta lateral; dos más —uno de ellos el falso policía— permanecen en el exterior, mientras los tres restantes sacan de entre los «prisioneros» al Gerente y a los cajeros con los cuales marchan hacia las Cajas para embolsar el dinero. A punta de pistola, el Gerente y un cajero ayudan en esa tarea. Al otro cajero debe alcanzársele una silla porque se cae de susto. En tanto la plata va pasando a las bolsas, en la calle el «policia», con su metralleta en la mano va y viene, imperativo a veces y amable otras domina la esquina del Banco. Viene y va, y mantiene a distancia a la gente, impidiéndole circular por la vereda del Banco, aunque se lo permite a dos viejecitas a las que ayuda también a cruzar la calle. Llegará a hacer otro tanto, y más de una vez, con algunos niños que van a la escuela de enfrente.

Ahora aparecen dos Inspectores de tránsito —tan conocidos como odiados en la localidad que se detienen ante la casa del Gerente, en la cual uno pretende entrar. El «policia» se lo impide a tiempo que les indica que dejen libre la vereda y les señala la de enfrente.

La gente que sigue agrupándose minuto a minuto y que, a esta altura ya sabe que los ocupantes del Banco y el «policia» son Tupamaros, se ríe ante la obediencia de los Inspectores. Aunque de mala gana, obedecen y se vuelven. Después de andar unos metros uno de ellos, detiene a un coche que pasa y

sube a él. Pero no bien llega a la esquina el «compañero «policía» vuelve a detener al vehículo para interrogar al Inspector de tránsito hacia dónde va.

—A avisar, contesta el tipo.

—No se preocupe. Ya está todo arreglado. Bájese.

La gente vuelve a reír cuando baja el Inspector, mientras el coche sigue su camino ante la orden del compañero.

—Despeje, despeje, le dice éste mientras le indica su camino con la metralleta.

Una mujer cincuentona avanza hacia el «policía», aunque sabe que no puede circular por la vereda del Banco no acaba de decidirse a bajar o subir a la vereda. No quiere desobedecer pero tampoco obedece, y avanza con un pie en la vereda y otro en la calzada, en actitud verdaderamente cómica. El «policía» que va a su encuentro le ordena cruzar a la acera de enfrente. La mujer que sigue indecisa parece querer acercarse tanto como alejarse. Finalmente se acerca y señalando el Banco le dice al «policía»:

—¡Qué bien, qué bárbaro!

No bien se ha ido la mujer se oye un disparo dentro del Banco, que proviene de la Gerencia. Allí un compañero al cual se le ha caído su brazaletes, resulta herido por una compañera que le dispara un tiro involuntariamente pretendiendo alcanzarle el distintivo. Ayudada por otros compañeros llevan al herido hasta el auto de remise: se trataba de Fernán Pucurull que tiempo después cayera asesinado por la policía, al llegar a un cantón en que se había armado una «ratonera».

Mientras tanto en la Gerencia queda un solo compañero a cargo de los «prisioneros».

En esas condiciones, ante el accidente ocurrido se decide suspender la acción. Los compañeros que están en las Cajas, que sólo llevan embolsada la mitad del dinero, piden una pequeña prórroga, listo el dinero se da la orden de evacuación, orden que no llega a oír el compañero que ha quedado solo en la Gerencia. Quiénes podían darse cuenta de su ausencia están con el herido en el coche de remise. Parten los vehículos, ambos sobrecargados.

El compañero que ha quedado en la Gerencia permanece unos cinco minutos más, al cabo de los cuales advierte que el local ha sido evacuado y que ha llegado la policía. Aunque aprovechando la confusión consigue ganar la calle, alguien lo señala y es detenido por la policía.

g) Banco Pan de Azúcar

Está ubicado en la calle General Artigas, casi a mitad de cuadra y a unos 35 metros del Banco de Pando.

Se le destina un equipo de seis compañeros. El coche de remise que se abandonara por desperfectos mecánicos en el kilómetro 40 estaba destinado a este equipo. En las afueras de la ciudad fue imposible «conseguir» un vehículo, tal como se había pensado.

Faltando diez minutos para la hora trece, en un café ubicado frente al Banco, los seis compañeros deliberan sobre cómo «obtener» un coche, cuando ven llegar, en su Citroën, al propio gerente del Banco, al cual habían conocido durante los estudios previos. Con el problema solucionado, los compañeros se dispersan a la espera de que se hagan las trece.

Vista la señal para comenzar la acción, entran cinco de ellos al Banco en forma escalonada —primero tres, luego dos— ubicándose estratégicamente para copar el local a la señal oral del sexto compañero que entrará en último término y casi enseguida del segundo grupo. Pero a pocos pasos de la entrada este compañero advierte a una persona observando con especial atención la entrada de los compañeros al Banco de Pando. Lo encañona rápidamente y, tal como estaba previsto para quienes se redujeran en la calle, lo lleva al Banco de Pando. Recién entonces entra a «su» Banco, y a la señal convenida tres compañeros reducen a los empleados y al público que están en el salón, mientras los dos restantes hacen lo propio con quienes están en la gerencia.

Las once personas reducidas —cinco clientes y seis emplea-

dos— quedan en un cuarto bajo custodia de dos compañeros. Al gerente se le sacan las llaves del coche y una pistola. A un cajero se le ocupan las llaves de la caja del dinero que los dos compañeros se encargan de embolsar. Un quinto queda a la expectativa en el hall, mientras la vigilancia de la entrada está a cargo del último de los compañeros que entró en el local.

En ambas esquinas se va formando grupos de curiosos. A los tres o cuatro minutos, de uno de esos grupos surge un policía que avanza, como en cámara lenta hacia el Banco. Por su lado el compañero que vigila la entrada camina hacia él, pero lo hace con discreción, como un ciudadano cualquiera que marcha por la vereda. Apenas se cruza con él, se vuelve, lo encañona desde la espalda y lo conduce al Banco de Pando. El uniformado tiembla como una vara verde: seguramente se ha dirigido al Banco no por propia iniciativa, sino compelido por alguien del grupo en el que se hallaba. Eso explica la lentitud de su procedimiento y el temor que lo domina.

Vuelto el compañero a su puesto, se encuentra la puerta del Banco una mujer, que con un niño, viene a cobrar un cheque. Luego de explicarle que tendrá que esperar un rato, la pone a cargo del compañero que está en el hall.

Ya listo el dineró en los bolsos y arengados los «prisioneros», se evacúa el local. Este equipo será el primero en llegar al lugar de concentración final.

h) Banco de Pando

Ubicado en General Artigas, el Banco tiene también una puerta por la calle lateral y una tercera en la ochava. Esta última y la de Gral. Artigas están habilitadas al público mientras la lateral se destina al personal.

La disposición interna es como sigue: cerrando el lugar de trabajo —un espacio de 8 metros por 7 aproximadamente— un mostrador en forma de U paralelo a Gral. Artigas, la ochava, la calle lateral y una pared medianera. Entre uno de los

extremos de la U y la medianera se ubica la Gerencia, mientras entre el otro extremo y la pared que da a la calle lateral está el despacho jurídico. Próximo a la puerta de Gral. Artigas, se ubican las Cajas 1 y 2; entrando por esta puerta, un metro y poco a la derecha de la misma, hay una especie de subsuelo con los cofres para efectos personales —joyas, etc.—. Frente a la ochava está la Caja número 3. Del lado interior del mostrador, cerca de las dos primeras Cajas, y ocupando otro subsuelo, está el tesorero. Por lo regular, cuando estas últimas Cajas están habilitadas al público, no lo está la núm. 3, y viceversa.

El equipo que se destina al objetivo, se compone de 8 compañeros, una compañera y un vehículo.

Advertida la señal para comenzar la acción, entran por la ochava dos compañeros y se dirigen al sector «Despacho jurídico», mientras que por Gral. Artigas, una pareja —hombre y mujer— se dirigen al «Sector Gerencia». En seguida entran dos más, ubicándose, uno junto a la Caja 3 y el otro entre la puerta de Gral. Artigas y el subsuelo de los cofres, cuya luz apagada indica que no hay gente en él. A pesar de eso el compañero lo confirma bajando un momento al subsuelo. Un séptimo compañero queda afuera, frente a la ochava, como nexos entre el exterior y los que están adentro: vigila la calle y recibirá a los reducidos en el exterior del Banco Pan de Azúcar, ubicado a 30 metros de allí. (Este trasiego de reducidos obedece a la mayor capacidad locativa del Banco de Pando, así como también al mayor número de compañeros que esperan en él.)

Quienes han entrado tienen un presunto trámite que plantear en caso de ser atendidos durante el lapso que media entre su entrada y la de dos compañeros —Alfredo Cultelli y Ricardo Zabalza— con cuya presencia se iniciará el copamiento.

La pareja, espera próxima a la Gerencia y al mostrador donde un empleado y un cliente están enzarzados en una acalorada discusión.

Ya ante el «Despacho Jurídico», uno de los compañeros, muy discretamente, tanea la puerta para ver si está sin llave, cosa que comprueba. Apenas vuelve junto a su compañero, es

atendido por un empleado al cual preguntan por casas para alquilar.

No bien comenzada la respuesta del funcionario se oye «esto es un salto, somos tupamaros» proferido por Zabalza, a tiempo que salta Cultelli al mostrador. Aquel, metralleta en mano domina desde arriba todo el salón; son apenas unos segundos, tras los que salta hacia dentro y se dirige a revisar el tesoro, mientras Cultelli ya está reduciendo a los cajeros de las Cajas 1 y 2.

Simultáneamente con Zabalza, y para dar una mayor impresión de que el local está copado totalmente, lo cual evita cualquier intento de reacción, los compañeros repiten en cada sector, la frase definitoria de la situación y entran a los suyos:

En la Caja 3. El compañero reduce a los clientes que se encuentran en dicho sector.

En Gerencia. La compañera entra en busca del Gerente, en tanto que el compañero arma en mano, intimida a funcionarios y clientes del sector, excepción de los que discuten. Abstracto, ajeno a lo que no sea el problema que está tratando, el empleado alza rápidamente la cabeza y sin tener en cuenta la 9 mm. que lo apunta manifiesta:

Sí, sí, espere un momentito, y se zambulle de nuevo en su discusión.

Pero sí fue rápido en su primera reacción, no lo es menos en despertar de golpe a la realidad, y comprende el asalto, levantando los brazos. Allí no hay más problemas.

En cambio en la Gerencia, la compañera no encuentra a nadie, por lo que pasa al salón, donde ubicará al Gerente entre los demás empleados.

«**Despacho Jurídico**». El funcionario que respondía a las preguntas referentes a las casas para alquilar, se queda con la boca abierta ante la pistola 45 que lo apunta, mientras el otro, grande y gordo, se escurre hacia las dependencias interiores del local. Uno de los compañeros abre de una patada la endeble puerta del despacho y corre en busca del fugitivo. Lo encuentra tan ingenuo como corpulento: el hombre se ha escondido.

dido tras la pequeña puerta de vaivén de un retrete en el que apenas cabe su humanidad.

Entre puerta y Sección Cofres: El compañero reduce los clientes de este sector y los acerca a la gerencia. En el breve interin que va desde su reducción hasta que son llevados por los funcionarios, a los clientes se les hace permanecer con las manos apoyadas en el mostrador, pues con los brazos en alto llamarán la atención de quienes pudieran verlos desde el exterior.

Copados pues todos los sectores, revisadas las dependencias interiores del local por si hubiera quedado alguien en ellas, se junta a funcionarios y clientes —unas 25 personas— y se las hace echar en el suelo, en el espacio que queda entre los escritorios y la pared del fondo del local. Mujeres y ancianos permanecerán sentados en las sillas que se les proporcionan. Al Gerente se le piden las llaves del tesoro, las que entrega sin problemas, dejando así sin asunto, al filoso cuchillo «ablandadores».

Obedeciendo al plan , ahora la ubicación de los compañeros es la siguiente:

Afuera frente a la ochava, un compañero.

Adentro, entre la puerta de la ochava y la Caja 3, el compañero que redujo a los clientes de ese sector como nexos con el exterior; a los reducidos que reciba, los pasará, para ser llevados al fondo del salón, a uno de los compañeros del «Sector Jurídico», que allí permanece a tal fin.

Vigilando la puerta de Gral. Artigas, el compañero que en un comienzo se ubicó entre ella y los cofres, reducirá a quien entre y lo alcanzará al Sector Gerencia, desde donde marchará con los demás.

En el fondo del salón, custodiando a los reducidos, la compañera y el compañero que redujera al gordo del cuarto de baño.

Mientras Zabalza embolsa el dinero del tesoro, Cultelli hace lo propio en las Cajas, pero con la mala suerte de que, a causa del fiador gastado de su Luger, se le escapan dos disparos seguidos. Como tiene el arma dirigida hacia el piso, ello no

acarrea otra consecuencia que alterar la tensa tranquilidad ambiente.

Al paso de los minutos se reduce a un par de clientes que llegan, y se reciben del Banco de Pan de Azúcar a un particular y a un policía asustado hasta los tuétanos.

A los reducidos se les va entregando volantes, se les dan explicaciones sobre la línea, mientras a los funcionarios en particular, se les expone la posición del M.L.N. en el largo conflicto bancario que terminara recientemente, al ser secuestrado el Banquero Pellegrini Giampietro, quien aún permanecía en poder de la organización.

A todo esto, y ante el poco dinero que hay en el tesoro, Zabalza llama al Gerente y lo intima a que diga dónde hay más. El hombre explica convincentemente que el hecho se debe a que el día anterior se envió una partida al Banco República.

Ya sobre la hora de partida entra el compañero de la calle, para apurar las cosas porque «la cosa está quemante»; próximos al Banco hay un mar de curiosos; por Gral. Artigas hay un trajinar permanente de ojos. Se le pide apenas un momento para acabar de embolsar el dinero y, accede. Pero un minuto después vuelve a entrar: a la gente que hay en el exterior se suma ahora el llamado de una sirena del Banco de la República. Se ordena la evacuación.

Nilco, seguido de un compañero, al traspasar la puerta de salida, ve a un milico que se acerca a todo correr, gritando y esgrimiendo un revólver. Retroceden y avisan a los demás y parapetándose en la puerta y en la ventana, cuyo vidrio rompen, se tirotean con el uniformado. Al volársele la gorra el milico desaparece tras el remise en el que se había parapetado, ubicado en línea algo cruzada con la ochava.

Los compañeros piensan que lo han herido, que le han dado en la cabeza, y cuando van llegando al coche, advierten que el hombre se va arrastrando entre éste y el cordón de la vereda. Nilco, rodeando el remise y una camioneta estacionada adelante, se le va al humo al bulto uniformado, pero un compañero lo contiene. Le dice que lo deje, que el «pobre está herido y que no dará más trabajo». Pero el «pobre hombre», a

tiempo que arranca el remise, sube a la vereda, se zambulle ágilmente por la puerta de un Bar, y apareciendo por una de las ventanas dispara contra el coche en marcha.

En penosa marcha —9 compañeros a bordo y una rueda pinchada— tras pocas cuadras se entra en una calle a contramano. A mitad de la cuadra un milico plantado en el medio de la calzada, levanta la mano para detener el coche. Viendo que el auto se le viene encima, echa mano del arma y salta hacia la vereda. Los compañeros responden al fuego del milico hasta que éste se mete en un Bar. Los disparos del milico no hirieron a ningún compañero, pero sí a un hombre que salía del Bar y al que la Policía, tomándolo por un tupamaro impide la asistencia médica, dejándolo desangrar encerrado en un calabozo. Aunque se atribuyó el disparo a los compañeros, el testimonio de éstos —fiel siempre a la verdad aunque sea dura—, lo mismo que las pericias técnicas, demuestran lo contrario. Desde luego, que la prensa se cuidó muy bien de decir la verdad.

En llanta, con los vidrios casi rotos, el capot hecho un acordeón a causa del choque con la camioneta que le impedía su salida, parecía que el remise no iba a llegar al lugar de concentración final. Pero llegó.

i) Regreso

Todos los equipos en el Cementerio, los compañeros del Banco de Pando, abandonan rápidamente el coche trasbordando a otros donde ya se han ubicado el coordinador y la compañera a cuyo vehículo se le rompiera un eje.

Encabezado por el furgón y seguido por 5 coches, el «cor-tejo fúnebre» parte hacia Montevideo a las 13 y 20, tomando por el camino Las Piedritas. No se regresa por el camino Maldonado porque, aún siendo la vía más directa se presume que será utilizado por las fuerzas represivas ya alertadas.

En el cruce de Las Piedritas con la Ruta 84 —a 10 km. del Cementerio— se resuelve alivianar la carga de gente, dejando

allí a los 7 empleados de la funeraria. Aunque éstos protestan se les explica la situación: coches sobrecargados, marcha lenta y un compañero herido —Pucurull— que requiere rápida atención médica. Se les deja entonces, y ocupan su lugar en la Kombi algunos compañeros de otros coches. De paso, como en la columna de Purucull no hay servicio de sanidad, se le pasa al furgón donde van los compañeros de una columna que lo tiene. Se reemprende la marcha a mayor velocidad pero no a la deseable. Toma la punta entonces el coche del República, pues los compañeros de este equipo conocen mejor el camino.

Se cruza Suárez, localidad distante 15 km. del cementerio y se comprueba que todo está tranquilo, que allí todavía no hay alarma.

Tres kilómetros después, llegados a un punto denominado Cassarino se advierte la policía caminera que siempre se aposta allí. Mientras uno de los agentes, parado junto a su vehículo apunta con una metralleta a la caravana que se acerca, el otro, en medio del camino hace señas para que se detengan. La actitud del hombre no manifiesta una convicción mayor. Quizá tiene dudas de que no sea aquello en realidad un cortejo fúnebre. Lo cierto es que los compañeros, con sus armas prontas, simulan obedecer las señas. Aminoran la marcha y cuando los «camineros» esperan que se detengan, aceleran, cruzan y se alejan sin problemas.

Al llegar al empalme de los caminos del Andalúz y Osvaldo Rodríguez— ya a 24 km. del punto de partida— la caravana se divide. El furgón y 2 coches toman por Osvaldo Rodríguez y, dispersándose en el camino, llegarán a Montevideo con el compañero herido y el dinero de los Bancos de Pando y de Pan de Azúcar, lo que suma unos 7 millones de pesos. En Camino Repetto, se cruzan con un vehículo de la Guardia Metropolitana —una camioneta azul de las llamadas «chanchitas»—, en rápida marcha hacia Pando.

La Kombi y los remises del República y de Bomberos —este último por error— doblan a la izquierda y toman por Camino Cruz del Sur. Allí a kilómetro y medio del emplame donde se dividiera la caravana, hay una Gutbrod, con una rueda leván-

tada por un gato, como si estuviera descompuesta. Es una camioneta legal, que, aunque vieja y desvencijada marcha todavía. La Kombi se detiene junto a ella y trasborda el dinero del República, las armas utilizadas y dos compañeros.

Primer enfrentamiento

En tanto la Kombi trasborda, el remise del República sigue adelante. Recorridas 6 cuadras al llegar a 300 metros de camino Repetto, los compañeros advierten dos patrulleros cortando el paso, atravesados en un puente que está 50 metros antes del camino. Se detiene la marcha y se estaciona le vehículo en la banquina.

Son las 13 y 40. Se llevan recorridos 26 km. Tras breve deliberación, 5 compañeros se internan en el campo, rumbo a un monte que está a unos 300 metros, mientras otros dos se quedan ocultos entre el coche y el alambrado. En el término de 1 minuto y medio llega el remise con 12 compañeros, la Kombi con 6; esta última por la velocidad que trae, al frenar se va sobre una cuneta al borde del camino.

Uno de los coches patrulleros comienza a moverse lentamente, mientras los compañeros organizan el enfrentamiento. Doscientos metros, ciento cincuenta, cien, el avance continúa lento pero sin pausa. Cuando llega a unos 70 metros los compañeros hacen fuego con armas largas y cortas, parapetados unos en los vehículos y otros desde el lugar en que están junto al alambrado. Un compañero se adelanta un par de metros, y rodilla en tierra desde el medio del camino, dispara su fusil Máuser; el patrullero recibe tres impactos, uno de los cuales le destroza el parabrisas, y se detiene.

Nueva y breve deliberación: desde los patrulleros se está transmitiendo, guiando a las fuerzas represivas. Se decide la retirada, unos en la Kombi, a la que tratan de poner en condiciones y los demás hacia el monte. Entonces llega la Gutbrod; sus dos ocupantes bajan y van tras los compañeros que marchan a campo traviesa. Los que intentan movilizar la Kombi, optan por marcharse en la camioneta recién llegada.

Uno de ellos corre y alcanza al chofer en la portera. A pulso dan vuelta la Gutbrod y parten en ella 8 compañeros, que desandan el camino Cruz de Sur rumbo a camino Maldonado distante unos 6 km. A mitad de este recorrido, esconden las bolsas con dinero entre el pasto a orillas de una cañada. (Más tarde serán encontradas por 3 chiquilines que cortan pasto, que las ven pero las dejan. Batiendo la zona, llega la Policía al caer la tarde e interroga a los muchachitos. Ellos contestan que están cortando pasto y no dicen palabra sobre la plata. Como los milicos se ponen a desembolsarles el pasto, el más pequeño de los chiquilines, tal vez por miedo, señala el lugar donde está el dinero.)

Más adelante se deja el camino Cruz del Sur, se toman caminos vecinales y luego el camino Centauro. A 400 metros de camino Maldonado, 4 compañeros se bajan y luego de esconder sus armas en un monte vecino, se separan dirigiéndose al Camino Maldonado donde tomarán ómnibus que los traen sin problemas hasta Montevideo.

Los otros 4 siguen en la Gutbrod, la cual abandonan en camino Centauro a una cuadra del Camino Maldonado. Se separan por parejas y tras mucho caminar cruzando campo llegan a los cantones —que luego caerán—, donde se cambian de ropa para salir en ómnibus de la zona.

A campo traviesa

Al partir la Gutbrod, marchan por el campo rumbo al monte un grupo de unos 20 compañeros, en el cual van tres mujeres. Pasan el monte y cruzan el arroyo de Toledo Chico, simplemente a pie, porque esa vía de agua es muy poco caudalosa. Doscientos metros más adelante el grupo se divide en dos. Uno toma a la derecha buscando salir a camino Cuchilla Grande, mientras el otro, procura salir a camino Maldonado, marchando en dirección contraria. Suponen que el primero está a 3 ó 4 km. de allí y el segundo a 2 ó 3 kilómetros.

Es una marcha desorientada, una huida a campo traviesa. El desconcierto va ganando a casi todos los compañeros. No

se conoce el terreno en que se anda ni la ubicación en que se está. Sólo se intuyen vagamente las direcciones. También se sabe, con certeza, que el tiempo corre a favor del enemigo. Cada minuto que pasa, reduce las posibilidades de escapar.

A los 5 minutos de iniciada la marcha aparece un helicóptero que vuela bajo, rastrea el campo y sin duda alguna, orienta por radio a las fuerzas que afluyen desde Montevideo. Va y viene, aparece y desaparece zumbando. Algún árbol o algún barracón permite a algunos compañeros ocultarse del rastreo. Mientras tanto el grupo se va disgregando poco a poco. En grupos de a 2, de a 3 o aún solos, los compañeros se separan. Unos van quedando rezagados, otros toman rumbos diversos, mientras algunos optan por quedarse escondidos entre yuyos.

Pata y pata, campo y campo. A veces, algún hombre del lugar que orienta con sus datos.

Campo y campo, pata y pata, costeano o cruzando alambrados, salvando zanjas, cañadones, barrancas, mientras en el aire persiste el sordo zumbido del helicóptero, al cual pronto se une el ulular de las sirenas, que vienen por los cuatro puntos cardinales, y que a cada paso se hace más vivo, más intenso, más cercano. De tanto en tanto, cuando se alcanza un punto alto, se ven a lo lejos pasar chanchitas, patrulleros, camineras.

A los 10 minutos de marcha, en momentos en que un grupo delibera es tiroteado por dos milicos distantes unos 300 metros. Sin llegar a acordar, si se tratará de escapar o se procurará esconderse hasta la noche, se dispersan los fugitivos, dejando atrás a los milicos, que no los siguen. A 5 minutos más de marcha Jorge Salerno, que interviniera en el copamiento de la Comisaría, y Arapey Cabrera, ven cortado su paso por un patrullero. Desvían algo su rumbo y se meten en un monte de eucaliptus, distante unos 100 metros, calle por medio de una escuela.

Cerco y muerte

Desde el patrullero hacen fuego hiriendo a Arapey Cabre-

ra: dos impactos le destrozan el húmero del brazo derecho. Salerno repele el fuego hasta quedar sin municiones. Entonces sale del monte y a la vista de los milicos, arroja el arma al suelo y levanta los brazos. En tal situación es acribillado por fuego graneado de fusil...

Mientras tanto, cada vez más desperdigado y más desorientado, el resto de los compañeros sigue andando, entre el sonar de las sirenas y el zumbar del helicóptero.

En distintas direcciones suenan tiros.

Algunos compañeros se internan en una zona de chacras, cruzan de una a la otra haciendo preguntas a la gente del lugar. Mientras tanto, en diversos lados van cayendo en poder de las fuerzas represivas.

Un grupo de unos 8 compañeros, quizá el más numeroso a esta altura de los acontecimientos —van unos 20 minutos de marcha— llega a una zona relativamente poblada. Ya sea por temor o por curiosidad, la mayoría de la gente ha abandonado sus casas y ha ganado la calle.

Los 8 marchan de casa en casa, de quinta en quinta, hasta llegar a un terreno cuyo rancho dejan detrás, para ocultarse bajo tupidos transparentes. Enseguida nomás el tropel de la jauría ha llegado, comienza a disparar a diestra y siniestra. Seis compañeros entran al rancho, mientras dos quedan afuera. Así, Enrique Osano es herido de un balazo en la rodilla. Se entrega brazos en alto, pero los milicos le siguen tirando. Sólo su mala puntería frustra sus asesinas intenciones...

Hasta aquí, lo que se ha podido reconstruir con el testimonio de compañeros de lo ocurrido durante los 25 minutos que transcurren desde el comienzo de la marcha, hasta la detención de 16 compañeros, 2 compañeras y la muerte de Jorge Salerno, Ricardo Zabalza y Alfredo Cultelli.

Si no bastara la saña carnicera con que actuó la fuerza represiva, para no dudar que Cultelli y Zabalza tuvieran la misma muerte que Salerno, con el paso de los días se fueron recogiendo elementos de juicio que lo confirman y que constan en los expedientes judiciales. Zabalza, se tirotea con la Guardia Republicana. Herido por una ráfaga de metrallera, se entrega.

Camino al vehículo de la Republicana que dista unos 80 metros ambos conversan. El agente le pregunta por qué no usó la granada que tenía. Zabalza le explica que el objetivo de la lucha del M.L.N. no es matar policías, sino terminar con el sistema capitalista para tomar el poder y construir una sociedad mejor, igualitaria y fraterna.

Llegados al vehículo, los agentes que allí estaban se abalanzan sobre el prisionero, clamando que hay que matarlos a todos, obedeciendo así al Código W-1 del presidente Pacheco. El agente que lo tomó prisionero trata de calmar la jauría, pero lo deja allí y parte de nuevo al campo.

Luego aparece que Zabalza «fue muerto al tirotarse con la policía». Su cadáver presenta un balazo con orificio de entrada en la nuca y alojado en el frontal. Además tiene hundimiento de cráneo producido seguramente por un culatazo.

Por su parte, las heridas de Cultelli, evidencian que se le tiró, desde atrás y desde adelante, cuando tenía los brazos en alto.

En cuanto a Salerno, se sabe que se lo dejó desangrar, ante la negativa del oficial del grupo, al pedido de un cronista de solicitar una ambulancia. El mismo oficial además, pisoteó y pateó al herido a voluntad.

Jauría carnífera

Entre los detenidos, dos resultaron heridos de bala y todos los demás, con diversas heridas a consecuencia del castigo a que fueron sometidos.

El comportamiento de las fuerzas represivas, y en particular de la Guardia Metropolitana, daría para escribir largo, sobre la ferocidad, ensañamiento, y sadismo de cientos de hombres convertidos en bestias carníferas, desde luego, sin el atenuante de que las verdaderas bestias sólo matan para defenderse o para alimentarse. El tormento de los compañeros, comienza cuando son apresados, continúa durante su traslado a Montevideo y culmina en la Jefatura de Policía, la cloaca de San José y Yi, refugio y lugar de regodeo de ex-hombres, ali-

mañas de la peor especie, lo más abyecto y cobarde que se pueda concebir en figura humana.

Aunque en esta oportunidad, es justo reconocer lo grueso del castigo y del ensañamiento, estuvo a cargo de la Metropolitana, que prácticamente, copó la cloaca por algunas horas.

Apresados, esposados y en el suelo, ni un solo compañero o compañera se salvó de ser golpeado. Puñetazos, patadas, culatazos, en la cara, en la cabeza, en los testículos, en cualquier parte del cuerpo. Se le suben encima, caminan sobre ellos hundiendo a cada paso el taco de las botas. Buscan las heridas para machacar allí, donde más duele, mientras gruñen, rien, insultan y amenazan de muerte. «Hay que matarlos a todos». «De aquí no salís vivo, hijo de puta». Esgrimen armas cortas y largas; colocan los caños en la cabeza, en la sien, en la nuca, en la boca, en el pecho, mientras ajustan y presionan el dedo en el disparador, haciendo sentir así, y más de una vez el «gusto» de la muerte a sus prisioneros. Todos pegan, todos amenazan. Terminan unos y vienen otros. Se disputan el turno, la presa y la herida para golpear. Los que han terminado, recomienzan. Una jauría interminable e insaciable; un festín de fieras.

La actitud de alguna gente de la Caminera que «peleó» un prisionero que quería arrebatarlo la Metropolitana; la intervención de algún elemento de Inteligencia y Enlace que hizo lo propio; y la presencia de los periodistas —como testigos indeseables— salvaron la vida de varios compañeros.

En los vehículos que los trasladan a Montevideo, las fieras no descansan. Cuando llegan a la cloaca, sangrantes y molidos a golpes, los compañeros deben recorrer una doble fila de «metros», compacta de alimañas, donde cada puño y cada «pata» asesta un golpe o arranca su mechón de pelo.

Terminado el desfile, el festín sigue en los ascensores, en los calabozos, en los interrogatorios, en cuanto lugar haya un compañero. Las bestias rien y gruñen; también lloran; borrachos de histeria los «metros» son presa de un llanto insano y grotesco.

Cuanta alimaña hay en la cloaca, abandona su rincón y se

suma a la «molienda». Hasta de la Oficina de Dactiloscópica, viene un enano a sacarse las ganas de pegar.

Para finalizar mostraremos cuatro casos, que pueden dar una pauta de lo que se hizo con los defendidos en su conjunto.

Arapey Cabrera: En el lugar donde cae herido, se le paran y saltan sobre el brazo destrozado, le meten el caño de una 45 en la boca hiriéndole en los labios, las encias, el paladar. Ya en el Hospital Militar, cuando recobra su conocimiento, los guardias que lo custodian lo amenazan y le mueven la aguja del plasma que le está siendo administrado por vía venosa.

Enrique Osano: Se le paran encima, y caminan sobre él, pisoteándole como para aplastarle el tórax y el abdomen. Lo patean en la cabeza, en la cara, donde sea. Luego lo arrojan en una cuneta y lo mantienen boca abajo, con la cara hundida en el barro. Cuando lo llevan al vehículo, sangrando por la nariz, el oído y tres heridas, dos en la cabeza y una en la rodilla, en el propio momento que sube, una alimaña exclama, señalándole detrás de la oreja: «Mirá, acá no tiene sangre». Y lo hiere en ese lugar. Ya en la cloaca, cuando advierten que tiene un balazo en la rodilla, lo obligan a caminar y cuando no puede más, lo hacen arrodillarse tomándolo de los pelos, arrancándole mechones.

En el Hospital Militar, le cosen la herida de la cabeza... sin anestesia... y sin hilo.

Elbio Cardozo: En la cloaca le rompen los labios y le hacen saltar los dientes del maxilar superior de un garrotazo. Luego en el calabozo, lo golpean hasta desmayarlo.

Eleuterio Fernández: Durante su traslado a Montevideo, cada vez que las heridas de su cabeza, dejan de sangrar, los «metros» que lo conducen se encargan de escarbárselas y abrirselas con los dedos. Luego se limpian las manos con las ropas del compañero.

Justo es reconocer que tanto para escarbar como para limpiarse, emplean la más minuciosa delicadeza.